

de dar otra forma á esas apuntes, queremos, sin embargo, terminar con las mismas palabras del texto original. Hélas aquí :

“ Las ramificaciones en que hoy está dividida la familia Núñez Conto, para quien consigno estos recuerdos, y mis hijos, á quienes los dedico, hallarán siempre en el conocimiento de este tío, honrosos y saludables ejemplos que seguir : la elocuente enseñanza de los que reposan en la tumba obra mejor con su silencio y produce en el espíritu de los que viven una influencia misteriosa, más eficaz y perdurable.”

Cali, 1879.

BLANCO Y NEGRO

—Me dice el Rector que usted ha cometido una falta muy grave. Ha insultado á un discípulo, ha quebrantado con eso las constituciones, ha dado mal ejemplo á los demás. Lo que usted ha hecho merecería expulsión; y el Doctor, sólo por consideraciones con su mamá.....

—Pero, papá, yo no puedo dejarme posponer injustamente, y menos de un.....

—¿Qué injusticia le han hecho?

—Que yo soy el mejor estudiante del colegio entre los convictores, y le han decretado el primer premio á Matías Andrade, un mulato, que no sabe ni la mitad de lo que yo..... En el Colegio del Rosario prefieren á los de fuera; los bogotanos somos mirados poco más ó menos; y lo que me irrita más es que ese..... tenga el mismo apellido que yo. En la lista, llaman: Andrade José, Andrade Matías; y los estudiantes recién llegados me preguntan que si somos hermanos.

—Pero, ¿qué tal es ese joven?

—Un hipócrita. No alza la cabeza del libro, no conversa en las formaciones, da su lección al pie de la letra, y les alza los fuelles á los superiores.

—¿Le sabe usted algo malo para calificarlo de hipócrita?

—Precisamente malo, nó. Pero es tan antipático. Y, sobre todo, ¿por qué le dieron el premio, cuando yo era mejor, muchísimo mejor que él?

—Confiesa usted que él no levanta la cabeza del libro, ¿y usted?

—Papá, es imposible estarse horas enteras estudiando, como si fuera uno máquina.

—El no interrumpe el orden, según dice usted.

—Pero yo no tengo vocación de monja, para estarme como una tumba día y noche.

—El es respetuoso con los superiores.

—Y yo también, siempre que no me hagan injusticias.

—Muy bien. ¿Y á todos los bogotanos los tratan mal en el Colegio?

—A todos, nó. A uno que otro le va bien. Rodríguez es pasante; á Sánchez le dieron la colegiatura; á Hernández lo han nombrado.....

—Vea, hijo. El Rector me exige que usted le dé satisfacciones á ese joven Andrade. Usted resolverá. No me diga todavía sí ni nó. Lea primero este manuscrito.

Y sacó del estante un legajo, ya amarillento, que puso en manos de José.

El, con desgana primero, con interés después, leyó lo que sigue:

I

—Por tal de que sumerced no vuelva á llorar, le prometo dejar todo eso. Le empeño mi palabra de hidalgo y de santafereño; se lo juro por el alma de mi padre, que esté en gloria.

Fernando pronunció aquellas palabras con calor nacido de lo íntimo del alma, doblada una rodilla ante su madre. La señora estaba sentada en una silla baja, de alto espaldar tallado; vestía un traje negro de seda, angosto,

cerrado hasta el arranque del cuello, con el talle casi debajo de los brazos, con manga corta y sin adornos. El peinado menos alto y complicado de lo que se usaba entonces, zarcillos de oro que le descendían hasta los hombros; no tenía otras joyas y adornos, excepto un rico anillo de esmeralda en el dedo anular de la mano izquierda: el anillo de bodas.

Aquello sucedía en el cuarto de costura, la recámara, como se decía entonces, de la casa de D.^a Clemencia Ley de Andrade, viuda hacía cinco años de D. Alvaro Andrade y Arostigoitia, empleado de rentas del Virreinato.

El aposento era grande y cuadrado; el suelo cubierto de estera de esparto, gruesa, de empleas de una cuarta de ancho. Las paredes, blanqueadas con yeso, estaban cubiertas, en la parte inferior, hasta vara y media de altura, de un friso—tela de lienzo socorrano pintada al temple, con frutas y flores de tamaños y colores imposibles. En una testera había una virgen de Vásquez, con marco de carey incrustado de hueso; en los lados, á izquierda y derecha de la puerta, dos consolas doradas; al frente, un inmenso sofá forrado en damasco amarillo; sobre una de las consolas un reloj de caja, con ruedas de madera; en los ángulos, mesas triangulares con sendos cajones de cristal, que encerraban imágenes del niño Dios: uno acostado entre las pajas del pesebre, otro sentado en una sillita primorosamente labrada y dorada.

—Muchas veces, repuso D.^a Clemencia, me ha prometido usted lo mismo; otras tantas he dado entrada á la esperanza, y después he tenido que renovar el llanto y sentir que el corazón se me hace añicos. ¡Ah! si Andrade estuviera vivo....

—Si mi señor padre viviera, me azotaría, como es de justicia; pero no me haría mejor por eso. No sé, madre, cómo soy yo: la dureza y el rigor no me tocan la voluntad; las lágrimas y el cariño hacen de mí cuanto quieren. Estoy dispuesto, señora, al sacrificio que sumerced exija

para darle señales de mis buenos propósitos. Pida sumerced, madre..

—Si lo que usted dice es sincero, como tengo derecho de esperarlo de la honrada sangre que le corre á usted por las venas, me lo demostrará usted vistiendo una beca de colegial, en uno de los reales colegios de esta ciudad.

Fernando sintió un frío glacial que le penetraba hasta el alma. Había estudiado latinidad con un su tío, D. Tadeo Collantes, racionero más tarde de la Catedral de Cartagena. Pero hacía tres años que tenía cerrados los libros, y se había entregado, en asocio de otros mozos de su edad, á una vida de disipación, galanteos y juegos. La propuesta de su madre implicaba dejar los camaradas, los cortejos, los saraos; reemplazar el traje elegante por la hopa y la beca; el sombrero blanco de copa por el bonete negro; la libertad, por la disciplina; los divertimientos mundanos, por el estudio árido y sin atractivo.

—No ocultaré á sumerced que lo que exige de mí envuelve un doloroso sacrificio; pero mi palabra está empeñada, y no será un Andrade y un Ley quien falte á ella. ¿A qué colegio quiere enviarme sumerced?

—Al del Rosario. En él se educó el padre de usted; en él se graduó el mío, después de estudiar medicina con el P. Isla. Además, usted conoce nuestras relaciones con los Guzmanes Monasterios, que han sido benefactores insignes, y son dueños y señores del Colegio de muchos años acá. Y el señor oidor D. Juan Jurado, leal amigo de Andrade, me ha prometido intervenir en favor de usted, en el caso que pretendiera la colegiatura.

Sonó desde el fondo de la casa una campana; un momento después el reloj crujó larga y laboriosamente, y dio por fin la una.

—A comer, hijo, exclamó D.^a Clemencia echándose sobre los hombros el pañolón de seda de largos flecos.

En ese instante se presentaron en la puerta del aposento las dos niñas, Pilar y Consuelo. Tenían los rubios cabellos partidos en dos por una raya, sujetos detrás de las



orejas con una cinta negra, y terminados en dos trenzas que caían por la espalda. Vestían trajecitos de percal azul, sin adorno alguno y que les llegaban á los pies: la mayor, ya una señorita, correctamente calzada; la menor, con zapatitos de cordobán, sin medias.

Entraron al vasto comedor, situado en el segundo patio de la casa. Era un piezón oscuro, de suelo enladrillado, sin más muebles que un aparador cerrado por puertas de celosía rojas y doradas y un tinajero con una vasija enorme de loza de natá, que dejaba rezumarse cada medio minuto una gota de agua que caía haciendo *pap*, en una artesa de madera.

En la testera principal, un cuadro, muy oscuro, en que se adivinaba, más que se veía, un crucifijo, con los brazos muy abiertos, la cabeza inclinada.

—Bendiga sumerced, madre, dijo Fernando.

—Bendecidnos, Señor, á nosotros y á estos dones que vamos á recibir de vuestra divina munificencia, por Cristo, Nuestro Señor, amén.

Sentáronse: la señora á la cabecera; á la derecha, Fernando; á su lado, Consuelo; enfrente, Pilar.

Servía á la mesa un negrito, de trece á catorce años, brillante como azabache, de pelo hecho una pasa, ojos vivos, fisonomía inteligente y traviesa. Vestía calzoncillo de manta, camisa de lienzo socorrano, ambas cosas limpiísimas; iba descalzo y tenía una argolla de tumbaga en la oreja izquierda.

—Sabrán mis hermanitas.... ¿Se puede contar, madre? Sí? Pues sabrán ustedes que su hermano mayor va á entrar tomista, colegial de Nuestra Señora del Rosario.

Consuelo abrió tamaños ojos, enarcó el labio superior, como un interrogante vivo. Pilar miró á su madre, con aire de inteligencia y satisfacción, como quien dice: Por fin triunfamos!

La chiquita prorrumpió entonces á reír, con la risa pura, armoniosa, que era uno de sus mayores atractivos.

—¿De qué ríes, tontilla? le dijo Fernando tomándole delicadamente la oreja y haciendo ademán de tirársela.

—De figurarme á mi hermano mayor con hopa y bonete de dos picos.

Comentóse alegremente el asunto; el negrito Gaspar trajo agua para las manos; D.^a Clemencia rezó devotamente el padrenuestro y la oración de la sábana santa, por las benditas ánimas del purgatorio, y se levantaron de la mesa.

Un mes más tarde y una hora después de comer, salieron de la casa la señora y Fernando; cruzaron de sur á norte las tres calles reales, torcieron á la derecha, y á los veinte pasos, entraron á una casa situada á la misma mano.

Atravesaron el ancho zaguán, y la señora tocó discretamente en el transportón. Abrióse la hoja, haciendo rechinar la garrucha de madera de donde estaba pendiente, de un lazo de cuero, una piedra, envuelta en una mochila de vaqueta. Apareció, sosteniendo la puerta con la mano izquierda, y quitándose con la derecha el gorrito de pana, é inclinándose respetuoso, un mozo como de dieciocho años, con hopa y escudo, pero sin beca ni bonete. Era el familiar, destinado á servir al señor Rector.

—¿El señor Rector está en casa?

—Siga vuesamerced; Su Señoría está durmiendo la siesta, pero no tarda diez minutos en levantarse.

Subieron la escalera de piedra, situada á la derecha, llegaron á un ancho corredor de arquería, que se prolongaba larguísimo á la izquierda hasta el extremo oriental del claustro mayor, y entraron á la sala, amueblada con severo y exquisito gusto, en sofás y sillones, en consolas y cortinas y alfombra. No rompían la armonía artística del conjunto sino frutas de pauche, de vivos colores, muñecos de cera, pantallas de bordados vulgares, pero simpáticos, regalos de las monjas al señor Canónigo, y varias papayas, mezcladas con caracoles marinos, tirados debajo de las mesas.

En el aposento se percibía un oler *sui géneris*, mezcla de rapé de Jamaica, de zahumerio de alhucema é incienso, de las frutas maduras regadas debajo de las consolas doradas.

D.^a Clemencia se sentó en un sillón, al lado de la puerta por donde habían entrado; Fernando se quedó en pie, con el sombrero de copa alta, color de perla, en las manos.

Momentos después se abrió la mampara de vaqueta situada en el lado izquierdo del salón, y apareció la figura del Sr. Rector, Dr. D. Andrés María Rosillo y Meruelo.

Era un hombre de estatura más que mediana, grueso de cuerpo. Vestía sotana de paño de San Fernando, suelta, sin talle, ni botones, ni mangas, rodeada en la cintura de ancha faja morada, que empezaba á desteñirse con el uso. Por dos escotaduras del vestido talar, que arrancaban de los hombros, asomaban las mangas de terciopelo negro de la chaqueta, terminadas en puños de lino blanco bordados, cerrados con un botón de oro, del cual pendía una borla de seda negra con múltiples flucos, atados con hilos dorados. Calzaba el Sr. Rector botas de media caña, y cubría la cabeza con gorro negro de estambre de seda, muchas veces replegado y terminado en punta. El rostro del personaje era lleno, serio y menos distinguido cuando estaba Su Señoría en silencio, aristocrático y jovial apenas empezaba á platicar. La voz era bronca, pero con de-
jos, de cuándo en cuándo, de exquisita dulzura.

—¡Mi señora D.^a Clemencia! ¿á qué debo el honor de ver á vuesamerced en esta su casa? Siéntese, vuesamerced.

—He venido á dar las gracias á usía por la merced de la colegiatura que ha concedido á mi hijo, aquí presente. Si él sabe corresponder al favor recibido, como lo espero de su sangre y de la palabra que me ha empeñado, deberá el lustre de su carrera, después de Dios, á la fineza de usía, á las recomendaciones del señor Oidor....

—Ni á los señores Oidores ni á mí debe vuesamerced cosa alguna; la colegiatura ha venido al Sr. D. Fernando

de su información de méritos. Sabe, señora, que acá se dan las becas por oposición, y los señores consiliarios las adjudican al más digno. Los señores Oidores son respetados, como su puesto lo merece, pero en el régimen del Colegio no tienen intervención alguna, y quizá no esté lejano el tiempo.... en fin, yo me entiendo. El primer domingo de Septiembre se abren solemnemente los estudios; convendrá que el señor D. Fernando esté aquí la víspera; por la noche se recibirán los nuevos hijos del claustro.

El primer sábado de Septiembre llegó Fernando á la portería, seguido de un mozo de cordel que llevaba áuestas la cama de madera de altas barandillas y el tendido hecho un rollo sujeto por una cuerda de fique; y del negrito Gaspar, que conducía en una grande arca, adentro de mimbres, afuera de cuero sin curtir, la ropa y demás chirimbolos del colegial futuro.

Presentó al portero la orden de admisión firmada por el Rector, subió la escalera, tomó el corredor hacia el sur, y penetró al último cuarto, contiguo al aula de teología. El aposento era angosto hacia el corredor, largo hacia el fondo.

Hallóse Fernando con otros dos mozos, colegial el uno y estudiante de jurisprudencia; convictor el otro, alumno de latinidad, de cachifa, como decían entonces. Colocó su cama frente á la del abogado futuro, á la cabecera de la del presunto latinista. El ángulo que se quedó vacío de lecho, estaba ocupado por un fogoncillo de adobes, y teñido, hasta las viguetas descubiertas del techo, por una gruesa capa de hollín.

Ayudado y dirigido por su camarada el colegial, Fernando tendió su cama, entregó ropa y libros á los familiares encargados respectivamente de tales particulares; salió del cuarto y se reunió, al arranque superior de la escalera, con varios estudiantes, instalados de antemano en el claustro.

Pasó el negrito Gaspar, con la petaca ya vacía al hombro, y dio involuntariamente un golpe á Fernando.

Este, aunque disipado, no era cruel, ni tenía mal corazón, estaba acostumbrado en su casa á ver tratar con cariño y consideraciones á los criados y esclavos; pero el amor propio, el respeto humano, el anhelo por darla de gran señor ante sus futuros condiscípulos, le impelió á dar al negro un violento puntapié, que lo echó á rodar, con arca y todo, hasta el descanso de la escalera.

Satisfecho de su hazaña, iba á volver á mirar á los demás mozos para conquistar de ellos un aplauso, cuando sintió tras sí un murmullo de protesta.

—¡Eso no se hace!

—¡Lucidos estamos con semejante camarada!

Ya medio corrido, Fernando prorrumpió:

—¡Son tan torpés estos negros!

—Aquí no son de recibo esas proezas.

—Se conoce que usted no ha sido discípulo del Dr. José Félix de Restrepo; en sus lecciones habría aprendido que todos los hombres somos iguales.

—¿Iguales nosotros á los negros? ¿En qué?

—En origen, en especie, en destino.

—Pero no en derechos.

—Todavía no; pero pronto, Dios mediante, sí, y mil veces sí.

El que pronunció estas últimas palabras, en tono decisivo, volvió la espalda y se encaminó á su cuarto. Era un muchachazo, blanco y colorado, de ojos negros y brillantes, nariz corta y remangada.

—¿Quién es ese..... señor? preguntó Fernando, ya muy corrido, al que le pareció de rostro menos hostil entre sus camaradas.

—Es Hermógenes Maza; y si usted quiere vivir tranquilo en el colegio, procure no tenerlo de enemigo.

Gaspar, al rodar la escalera, dio un grito involuntario; cayó de cara contra las baldosas; un chorro de sangre brotó de narices y boca y de una herida que se hizo en la frente. En silencio, se enjugó la sangre con la falda de la camisa, volvió á cargar su petaca y salió del claustro.

Al siguiente día, domingo, se abrieron los estudios. Hubo, por la mañana, misa solemne precedida del *Veni Creator*, con sermón del señor colegial Dr. Fernando Cacedo y Flórez. A las seis y media de la tarde se verificó la sesión solemne de apertura de estudios. Comenzó por la recepción de los nuevos colegiales en el salón rectoral. Quedaba situado á la derecha de la escalera, sobre el segundo patio.

Primero se recibieron los colegiales, con el sobrio é imponente ceremonial de costumbre, reflejo de la liturgia de las antiguas órdenes militares.

Se levantó entonces el Sr. Rector de su silla; hizo una venia al Excmo. Sr. Virrey, que presidía honorariamente la sesión en nombre del Patrono, el señor D. Carlos IV, Rey católico de España y de las Indias. Su Excelencia hizo un signo de aquiescencia, majestuosamente imbécil, y el Dr. Rosillo declaró abiertos los estudios “conforme á las venerandas constituciones del señor fundador, y con la venia de su católica majestad el señor D. Carlos IV, nuestro patrono, digna y legítimamente representado por el Excmo. señor Virrey D. Antonio Amar y Borbón, á quien Dios guarde.”

El Sr. Virrey volvió la cabeza hacia la izquierda; se puso la mano en la oreja derecha, y se inclinó levemente hacia un catedrático, fusilado más tarde, en 1816, en la Huerta de Jaime, encargado del discurso de apertura.

—Excelentísimo Señor Virrey, muy ilustres señores Oidores, respetable Claustro....

El orador, con toga negra, peluca empolvada, guantes blancos, el escudo dominicano en el lado izquierdo, empezó por un elogio sobrio pero caluroso al señor fundador, “á quien debemos un gobierno interior que pudiera ser modelo á todos los que rigen las Repúblicas cristianas.” En seguida, rápida y discreta enumeración de los varones ilustres del colegio: “los Masúteguis, los Vergaras, los Guzmanes”; el panegírico del Dr. José Celestino Mutis, “sacerdote ilustre, amigo del sabio Linneo, á quien somos

deudores de haber salido del atraso, y entender las verdades novísimas que en el antiguo mundo privan en materias de física y astronomía." Un párrafo galante al Virrey, para desear que "S. E., siguiendo las sabias huellas de sus predecesores, continúe trabajando por traer á estos pueblos las luces y adelantos de que se ufanan los pueblos cultos de Europa."

El domingo, á los ocho días de su entrada, salió Fernando á su casa. Acompañábalo Juan Polanco, cartagenero, convictor y estudiante de artes. Los alumnos no salen sino de dos en dos; y cada uno es espectador pasivo, pero no inadvertido, de la visita del otro á su familia. D.^a Clemencia los recibió, con cariño maternal al uno, con delicada cortesía al otro; los obsequió por igual con dulces y refrescos, y terminó por decir:

—Deseo hablar privadamente con usted, Fernando, si Polanco permite....

—Con el mayor gusto, señora.

—Mientras converso con mi hijo, vea usted este libro: es un ejemplar latino de la sagrada escritura, con magníficos grabados en acero.

Envío á Consuelo, con una seña, al interior de la casa, y entró con Fernando y Pilar á la recámara.

—El día que usted se fue al colegio, volvió el negrito Gaspar con la boca y las narices reventadas y una ancha herida en la frente. Respondió á mis preguntas que había tropezado al bajar la escalera; usted debe saber lo que pasó.

Fernando sintió que se le helaba el corazón; una ola de sonrojo le encendió la cara; pero estaba habituado á no mentir jamás, y contó fielmente lo acontecido.

—No ha procedido usted, Fernando, le dijo su madre, ni como cristiano, ni como caballero. Usted ha sido testigo del trato que se da en esta casa á los.... criados; y no hubiera debido olvidar que ese negrito es mi ahijado de bautismo.

—Y sería bueno que mi hermano, interrumpió Pilar, supiera también....

—Hija! no hay para qué....

—Sí, madre; es bueno que lo advierta. ¿Permite su merced?

D.^a Clemencia vaciló; hizo al fin una señal de asentimiento con la cabeza, mientras el rubor y la expresión del rostro mostraban que daba el permiso á pesar suyo.

—Hará trece años, ¿no, madre? que mis padres salían de casa, por la noche, para asistir al baile que daba en Palacio el Sr. Virrey Mendinueta, con motivo del cumpleaños de Su Majestad. Al bajar la escalera, oyeron unos lamentos desgarradores en uno de los cuartos bajos; madre comprendió que alguna de las esclavas estaba enferma; le rogó á padre que se fuese solo y la excusase á su merced con Su Excelencia, por tener indispuesta á una persona de la familia.

—Y? preguntó Fernando.

—Y madre, con su vestido de raso blanco, bordado de seda y oro, con todas sus joyas, entró al dormitorio de las esclavas; encontró casi moribunda á Margarita, viuda hacía dos meses de un negro que falleció en la hacienda; hizo llamar al Dr. Vicente Gil de Tejada, y le sirvió de enfermera á la negra, sin moverse de la cabecera, hasta las nueve de la mañana del día siguiente, que expiró la infeliz, auxiliada en lo espiritual por el Sr. Dr. Omaña, cura de La Catedral (1). Tres horas antes de morir Margarita, dio á luz un niño: el negrito Gaspar.

—¡Pobrecito! exclamó Fernando.

—Madre quiso ser madrina del recién nacido; le buscó una nodriza, y como mi hermanita Consuelo no tenía sino tres meses, madre alternaba con el ama en la crianza de los dos niños: la hija de la señora y el hijo de la esclava.

(1) Este rasgo es, en parte, histórico. V. los *Apuntes Autobiográficos* del General Ortega, publicados en esta Revista.—N. DE LA R.

—Ya ve usted, hijo, añadió D.^a Clemencia, que si usted tiene sangre azul por su madre, esa misma sangre corre por las venas de Gaspar.

—¿Y él sabe toda esta historia?

—Nada sabe, ni conviene que lo sepa jamás. Además, él no es esclavo; tengo escrita su carta de libertad, que surtirá efecto cuando el negrito cumpla los veintidós años. Yo misma le he enseñado á leer y escribir.

—Madre, exclamó Fernando levantándose, ¡qué santa es sumerced! Perdóneme, añadió conmovido, besando con efusión la mano de su madre.

Al calor del colegio se mudaron las ideas de Fernando; entendió el derecho de los americanos á idénticas prerrogativas con los peninsulares; oyó hablar á Camilo Torres, á José Acevedo, á los Gutiérrez, y llegó á concebir, como vago deseo, caso que España no atendiera los justos reclamos de sus colonias, la idea de un gobierno propio, reflejo en grande de la reducida pero gloriosa república igualitaria y electiva del Colegio del Rosario, tal como lo concibió su fundador, un dominicano español del siglo XVII.

Fue Andrade un estudiante queridísimo de maestros y alumnos, pundonoroso, culto, inteligente. De cuándo en cuándo retoñaban las viejas aficiones; solía no saber la lección, se dejaba arrebatar los premios de discípulos más tenaces en el estudio; pero era tan suave de modales, tan poco soberbio, tan enemigo de ostentar superioridad (y para ello no le había servido de poco la áspera lección del primer día de colegio), que los superiores fácilmente le perdonaban los deslices y quebrantos.

El Sr. Rosillo le quería particularmente. Sábese que en el Rosario está prohibido al Rector todo trato y familiaridad con los estudiantes. Pero el digno Canónigo encontraba modo de mimar á los colegiales, sin atentar á la gravedad de su cargo. Los hacía llamar á sus aposentos con cualquier pretexto, inclusive el de regañarlos; y después los regalaba con azúcar rosada, colaciones y bizco-

chuelos de monjas, bocadillos de guayaba que recibía del Socorro, y en ciertos días solía darles una copa de vino de Málaga, y hasta cigarros de Girón, tan desairados á la vista como aromáticos al gusto.

A la mitad del segundo año de los estudios de Fernando, se cumplía el período de rectorado del Dr. Rosillo. Al día siguiente de la apertura de cursos, hubo capilla (1); y el Rector hizo leer la constitución IV del título II, en que se estatuye que los colegiales “no puedan hablar de la elección de Rector por ningún camino, hasta tres días antes, en los cuales, con la modestia y gravedad que se deben á sí mismos tales sujetos, traten de dicha elección.”

El 14 de Diciembre de 1805, el Rector advirtió á los colegiales que conferenciasen entre sí sobre la escogencia de Rector, Vicerrector y Consiliarios; que siguiesen en ello su propio dictamen, “sin dejarse persuadir de persona alguna de fuera del colegio,” y que el escrutinio se verificaría el 18, fiesta de la Expectación de Nuestra Señora y aniversario de la fundación.

Aquel día los quince colegiales de número, vestidos de hopa y beca, se congregaron en el Aula máxima, á las diez y media de la mañana, inmediatamente después de la misa. El Rector en el solio, el Vicerrector á la derecha, á los lados los tres consiliarios. Se rezó el *Veni Creator*, se leyó el pasaje de las constituciones referente á las elecciones, y se distribuyeron papeletas en blanco á los quince colegiales actuales. Antes de llenarlas, cada colegial se levantó, pasó á la mesa rectoral, puso la mano sobre los Evangelios, y pronunció en alta voz estas palabras: “Juro no dejar de elegir las tres personas, ó las dos, ó la una que me parecieren, según Dios, más á propósito para el buen gobierno del colegio; juro también que hago elección, por mi propio dictamen, sin haber sido persuadido de ninguna persona de fuera del colegio, ni aun del Sr. Virrey ó el Sr. Arzobispo.”

(1) Reunión de los colegiales para tratar los asuntos de su comunidad.—N. DE LA R.

Andrade escribió en su papeleta estas palabras en elegante letra española:

"Voto solamente por el señor colegial doctor don Andrés María Rosillo y Meruelo."

Al tercer día se recibió el oficio del Virrey en que participaba al colegio que "de las tres personas propuestas por el ilustre Claustro, Su Excelencia, en nombre y representación de Su Majestad Señor D. Carlos IV, Rey de España y de las Indias, etc., elegía y confirmaba en el oficio y cargo de Rector al Sr. colegial Dr. D. José Vicente de la Rocha."

Al salir del salón, los convictores, los familiares rodearon á los colegiales para saber lo sucedido. Sonó la campana, bajaron al refectorio; el Dr. Rosillo se presentó, todos se levantaron y alzaron los bonetes. Sentóse el Canónigo en la mesa travesía, ordenó al lector que cesara, y pronunció las palabras *Deo gratias*. Sonó la gárrulla parla de los cincuenta alumnos, y se fue acrecentando porque el Rector saliente hizo traer varios frascos de vino de Jerez y repartióse los á los estudiantes. Pasado que fue el asado de carnero, el pastel en bote, la olla podrida con vaca y gallina, tocino, repollo y garbanzos, se adelantaron por el centro del refectorio los dos familiares de turno, trayendo una gran fuente de plata, marcada con las armas del colegio. En ella venía el cuarto de ave para el Sr. Rector, "regalo al presbítero que preside bien (como nos enseñan los santos), y que basta para el regalo decente, con templanza cristiana," según advierten las constituciones del fundador.

El Sr. Rosillo partió, meses después, con permiso del Capítulo, al Socorro, su tierra natal. Fernando se graduó Doctor en Jurisprudencia en 1809, y á principios del año siguiente se recibió abogado ante la Real Audiencia de Santafé. Tenía á la sazón veinticuatro años.

Supo á poco, con hondo pesar y mal disimulada indignación, que el Dr. Rosillo había llegado preso á la capital, y que le habían encerrado en el convento de Capu-

chinos. Voló allá, pero los centinelas lo echaron á la espalda; fue á empeñarse con los Oidores para que se lo dejaran visitar, pero todo en vano. Los anhelos por gobierno propio que había abrigado hasta entonces, como un vago deseo, se concretaron en aquel día; y se prometió solemnemente á sí mismo poner en ello, cuando llegara el momento, todas las energías de su alma.

Desde la hora aquella en que el negrito Gaspar rodó escaleras abajo, se le mudó por entero el carácter. Dejó de sonreír, mostrando las dos hileras de dientes blanquísimos; los criados lo solían hallar por las tardes vuelto á un rincón, llorando sin consuelo. Pero ni dejó de cumplir á maravilla sus deberes, ni se mostró menos respetuoso y obediente para con sus amos. Una mañana salió á comprar el pan y las velas, puso la cesta, con el dinero adentro, en el último peldaño de la escalera, y se escapó para nunca más volver á la casa. Lo buscaron con exquisita diligencia, pero en ninguna parte lograron hallarlo.

—Toma! le decía á D.^a Clemencia D.^a Rosa Escuraina; eso se saca de ajonjear esclavos.

—¿De modo, preguntó D.^a Clemencia con tristeza, que tú me censuras la caridad, menor de lo que yo hubiera debido, que le hice á Gaspar?

—No lo digo por tanto, mujer. Dios, que no se queda con nada de nadie, te lo premiará, si lo hiciste por Él. Pero si entró en parte el cariño á los negros.... ya tú sabes: el negro es como el mulo: tarde ó temprano da la coza.

D.^a Clemencia se acordó del puntapié que su hijo le había dado al negro, y respondió:

—Hija, no sólo los negros dan coces. Por lo que mira á tu doctrina de las recompensas, déjame que te diga que Dios no sólo las otorga por las obras de caridad en la vida futura, sino muchas veces también en la presente.

—En el actual caso, lo dudo....

—Si vivimos unos años más, ya lo veremos.

(Concluirá)

COLEGIAL

Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico